

heroínas emancipadas y que huyen de su hogar batiendo las puertas, con caballeros de trusa y garzota..., en fin, con una cohorte de seres extraños, fantásticos, pero de vida más intensa y ardiente que la de los hombres y mujeres de carne y hueso que recorren las calles de Marinada. Ya estoy donde quiero y como quiero: en el tocador de la hermosa, en la taberna in-noble, en los barrios bajos, en el taller del artista, en el aristocrático club, en el camarín feudal, en el jardín frondoso y sombrío que ilumina el rayo de la luna, al borde del estanque donde relumbran entre el césped los verdes gusanillos de luz... Ya me traslado á todas partes, llevándome de la mano hombres ilustres, que al narrar la sensación la duplican y que al mirar un objeto nos lo hacen ver cual si jamás lo hubiésemos visto antes. Tantos goces debo á esta afición á las letras, que reservo, como parte más escogida y delicada de mi ser intelectual, para la intimidad conmigo mismo, guardándome bien de cultivarla en público, porque tengo suficiente discreción para comprender que no soy capaz de producir obras maestras de arte, á no ser que tal se juzgue el arreglo de mi vivir, que es realmente un *capolavoro*. Crean ustedes que esto de combinar bien la vida no carece de mérito. Las nueve décimas partes de los hombres se la estropean por falta de tino. Raro será el que acierte á acostarse una sola noche como yo me acuesto sin faltar una,

libre de amor, de celo,
de odio, de esperanza, de recelo...

III

No: caigo en la cuenta de que la cita anterior no expresa bien el estado de mi ánimo, y da de mí una idea falsa, exagerando demasiado mi interior tranquilidad. Por ella propenderá quien lea estas confesiones á suponer que navego en una balsa de aceite, y que soy de corcho ó de pasta flora, es decir, insensible á las ilusiones y espejismos que atraen á la humanidad y la atraerán siempre, encaminándola á su perdición. Si así fuese; si el empecatado *genio de la especie* no me hiciese cosquillas, incitándome á sacrificar en sus aras la ventura de mi individuo, entonces no tendría yo gran mérito; mi condición sería la de la piedra, que se está, ¡miren qué gracia!, donde la ponen.

No señor; yo quiero que no ignoren los venideros siglos que soy de Dios, que tengo mi alma en mi almario, y que no sólo la tengo, sino que algunas veces me lanza por sendas peligrosas, empujándome á precipicios que, gracias á la

reflexión y á la fuerza de voluntad, he conseguido evitar hasta hoy, y donde espero no caer nunca. Para defenderme de estos abismos tengo mi táctica especial, que voy á descubrir, recomendándola á los solterones futuros, si es que poseen mi misma índole, pues en medicinas del alma se requiere identidad de sujeto psíquico, y ya se sabe que el alma ajena es una selva oscura. Viniendo á mi *caso* especial, diré que si soy el mayor enemigo de la realidad del matrimonio, adolezco en cambio de una afición vehemente á los sueños ó fantasmagorías que le preceden, á esa dulce escaramuza en que poco á poco el albedrío y el corazón de una preciosa niña van acudiendo, como pájaros bien domesticados y amaestrados, á posarse en nuestro hombro ó á refugiarse cerca de nuestro corazón. Ese período de cortejo fino que prepara la petición de la blanca mano de una señorita, es lo único bueno (en mi sentir) del matrimonio; una serie de emociones gratas y tiernas, una seducción casta que os entrega poco á poco, y sin detrimento de su pureza, á una mujer. Tiene la frescura ideal de la primavera, el encanto de los primeros días de un Abril florido. Así como infaliblemente sabemos que después de las bendiciones no habrá más que breves horas de embriaguez física, no siempre mutua, y luego una eternidad de indiferencia y prosa—cuando no de discordias y regañones—antes de las bendiciones todo es poesía, gracia, armonía, tierna sumisión ó coquetearías halagüeñas y picantes, que no comprome-

ten nuestra honra viril, pues la coquetería, que halaga y divierte al soltero, al casado le volvería tarumba. Mi carácter dado á las impresiones benignas y suaves; mi propensión imaginativa, me hacen encontrar deliciosos esos amoríos á flor de agua, caprichosos, risueños, ligeros, en que si la ruptura cuesta lágrimas, son lágrimas que se secan pronto y no abrasan las pupilas.

Así es que ya he tenido lo menos diez ó doce novias, elegidas con esmero entre lo más granado y lucido de la baraja de las marineras beldades. No con todas ha adquirido mi mariposeo el mismo grado de intensidad; con algunas se limitó á paseítos calle arriba y calle abajo, miradas en el teatro y á cada vuelta en el paseo del Ensanche, asomadura cuando yo pasaba, y conversaciones breves en los *asaltos* al Casino de la Amistad y á la Pecera: con otras me corrí algo más, y hubo cartitas echadas por hilos, gran ventaneo y palique cuando no pasa nadie por la calle, acompañamientos por los alrededores si *ella* salía con una amiga complaciente, temporadas enteras de teatro en que no mirábamos para el escenario, sino que se nos pasaba toda la función en una pura seña y un puro guiño... Lo que no hubo jamás, ni por asomos, en ninguna de mis novelitas cortas y del más calificado idealismo, fué conato ó intención mía de convertir en repugnante seducción el hechicero idilio soso. Puedo jurar ahora mismo, delante del más respetable tribunal, que á las distinguidas señoritas á quie-

nes me comía con los ojos no las toqué ni con la punta de un dedo. Ni creo (hágase justicia) que ellas lo consentirían, ni yo aspiraba á cosa semejante. Lo único que buscaba era la dulce fiebre del sueño amoroso, lo más bonito, la irisada sobrehoz del amor, y no su amargo y turbio sedimento. Mientras duraba uno de esos idilios, yo no necesitaba leer novelas, ni poesías; bastante tenía para soñar á mi modo con la lectura de aquellas cartitas tan monas, tan sencillas, tan parecidas entre sí, que muchas veces al descifrarlas creía no haber cambiado de novia jamás. Y, en efecto, todas mis novias eran para mí en cierto modo una misma: eran la Mujer, de la cual no pueden privarse enteramente nuestro cuerpo ni nuestro espíritu, cualquiera que sea la resolución que nos anime y el benéfico egoísmo que nos preste sus reforzados lentes de oro...

Nadie es capaz de comprender los placeres especiales de este amoroso juego de cañas. Al pronto la señorita muestra el contento propio de toda hembra cuando se ve requerida: la encontramos en paseo y se pone como la grana, ó se queda pálida y grave (esto depende del temperamento); aparenta hablar alto y reír con sus amigas, y en realidad tiene las energías de su ser reconcentradas en una ansiedad secreta y profunda. Luego ya corresponde á nuestro mirar con otro intenso y largo. Llega un día de baile... y desde nuestro rincón la vemos azorada, inquieta, nerviosa, hasta que nos aproximamos. Al acercarnos, parece que se transfigura:

es como si la devolviesen la libertad y la luz: se le ilumina la cara, se pone mucho más linda, y nos recibe con tal afán, que bajo su corpiño de gasa adivinamos el corazón cómo se alborota... La sacamos á bailar, y gozamos con delicado sibaritismo de su azoramiento, de sus inocentes ardidés de defensa, que se parecen á los dragones de cartón con que intentan aterrar al enemigo los guerreros chinos; respiramos su aromado aliento, oímos de cerca su timbrada voz juvenil, detallamos su hermosura á distancia en que ya los artificios de tocador poco encubren... y escuchamos, con sensación embriagadora, interrumpidas palabras, que nos prueban que lo mejor de aquella monísima criatura —la voluntad y el espíritu— ya han sido nuestros.

¿Dicen ustedes que es jugar con fuego? ¡Vaya una noticia! Ya lo sé; como que tengo de ello larga experiencia! En eso, en el fuego con que se juega, está el intrínquilis del atractivo y del gusto. ¿No habéis visto en los circos, juglares que entretienen al público arrojándose de una á otra mano estopas ardiendo, y las voltean y las hacen girar y las recogen con las narices y con la boca, y nunca se les chamusca el pelo ni se les produce una quemadura en ninguna parte? Pues así jugaba yo con la viva llama, pero sin peligro: siempre supe desviarme á tiempo, hurtar el cuerpo y no dejar prender la chispa.

El verdadero inconveniente de mis idilios no consiste, á mi ver, en el riesgo de que puedan formalizarse y parar en la iglesia (riesgo que

yo me jacto de saber evitar), sino en otra cosa bien distinta: en la detestable opinión que, á pesar de su inocencia, van granjeándome estas historias entre mis convecinos, los de Marineda de Cantabria. A cada desengaño que recibe una señorita persuadida de que voy á pedirla en matrimonio, la prevención contra mí crece y se afirma, y siento subir la marea de la pública reprobación, que me presenta como un odioso raptor de corazones inocentes, me acusa de sembrar la desolación en los hogares y envenenar la existencia de tanta interesante víctima, cortando para siempre su porvenir, sus ilusiones, descalabrando su antes intacta reputación, y faltando de propósito á todas las leyes de la caballeridad y la hidalguía. Y no crean ustedes que estas voces y estas censuras proceden sólo de las señoritas chasqueadas y burladas, ni de sus padres ó parientes. No: la población entera va tomando parte en el somatén. Todo Marineda me anatematiza. Diríase que he lastimado y herido eso que se llama *espíritu de cuerpo*, el punto de honra de la colectividad, que, á no dudarlo, se compone de casados y casadas, ó de gentes que aspiran á serlo. Mi refractarismo conyugal es una ofensa á los que viven metidos hasta el cuello en las agitadas y salobres olas de la vida doméstica. La colectividad no me perdona mi individualismo, y el espíritu positivo de la gente provinciana no comprende mis solaces imaginativos *alrededor del matrimonio...* sin entrar nunca en él.

¿No es cierto, señores, que mi pueblo peca de injusto y de poco reflexivo al excomulgarme por actos en el fondo tan inofensivos y tan defendibles? ¿No sería peor, es decir, no sería realmente malo, que yo asaltase, á guisa de ladrón nocturno, la paz y la dicha del hogar y anduviese, como Ramiro Doval, deseando y requiriendo á la mujer del prójimo, derramando afrenta sobre honrados nombres y llevando el dolor y la discordia al seno de las familias? Jamás he comprendido la felicidad de la pasión ilícita, ni el gusto de andar siempre mirando hacia atrás en la calle, á ver si nos amaga el bastonazo de un marido, ó de pasarnos las mejores horas del día acechando en un portal, tendido bajo un sofá ó acurrucado en un cuarto de baúles, temblando que nos sorprenda allí el que tiene derecho para soltarnos un puntapié ó descerrajarnos un tiro. Pero no porque yo deteste estas peripecias ridículas y peligrosas (sobre todo en provincia) se ha de restar mérito á mi respeto nimio del ajeno cercado. Tampoco me gusta eso de pervertir, verbigracia, á una bonita costurera, y ponerla un piso, y ser responsable de su caída en el fango. No, á mí, déjenme de responsabilidades: nadie debe ser el primero á quitar piedra por donde se desplome la casa. La consideración con que miro el recato de las «hijas del pueblo» también hay que reconocer que es una virtud. Y sobre todo, importa considerar lo delicado de mi proceder con las mismas señoritas á quienes la gente supone mis víctimas. De mis labios no sale ja-

más palabra indiscreta que pueda comprometerlas: jamás mi conducta se aparte de los límites del más estricto respeto, y nunca de mí recelan nada que las pueda doler ó humillar. Soy con ellas galante, sincero, puntual, y cuando sale la conversación de *casaca*, mis palabras se dirigen á cortar esa esperanza de raíz, ó al menós á hacerla remotísima. Si tronamos, á la primera indicación restituyo, con dolor de mi alma, epistolario, prendas capilares, sección de herboristería ó botánica (flores secas) y las ilustraciones al texto, ó sean las fotografías. En todas partes hago el panegírico de mis su-puestas *abandonadas*; en todas partes niego rotundamente nuestras relaciones, y en mí encontrarían mis parejas de lo que puedo llamar el *vals amoroso* (si quisiesen aceptar tan pequeña compensación), un amigo á prueba, que de veras se complacería en servir las.

IV

A pesar de mi buen comportamiento, que, ó mucho me engaño, ó es todo lo correcto que se puede desear ni imaginar, repito que la marejada crece y sube, y voy á verme en la precisión de renunciar á este dulce y para mí aventurado juego imaginativo, porque temo que un día se pongan de acuerdo mis conciudadanos y me *linchen*. Lo más curioso es, ya lo he dicho, que los principales caudillos de la cruzada contra mí no son precisamente mis víctimas, mis Didos y Ariadnas, ni siquiera sus padres y parentela, sino una colección de buenas señoras que no tienen con ellas conexión de ninguna especie, que si me conocen no han cruzado conmigo tres palabras, y andan por ahí creándose una reputación siniestra, de malvado, de seductor mefistofélico, de verdugo en frío de los corazones, con otros mil disparates que llegan á mis oídos ¡vaya si llegan! y unas veces me dan coraje y otras risa.

No saben esas señoras abogadas del matrimonio que, al armar tal gresca, perjudican á la causa á que creen ser útiles. Porque si yo doy en aislarme, en renunciar de una vez á mis idílicos sueños, en declararme oficialmente solterón, ya no queda ni leve resquicio por donde mi resolución heroica y sabia pueda quebrantarse nunca. En *el juego con fuego*, alguna probabilidad existe de quemarse las alas, porque hombres somos, y á las tentaciones y fragilidades humanas estamos sujetos...

Tan sujetos estamos, que mientras mis *víctimas* creen que me dedico á celebrar la victoria y á gozar secretamente pensando en sus torturas, en sus lagrimitas y en sus inapetencias y retiros momentáneos, yo, á solas, entre mi gato vivo y los pájaros disecados de la heroína, me entrego á nostalgias que nadie sospecha. Tengo horas en que comprendo que mi supuesto egoísmo no es sino abnegación heroica, por lo que me cuesta perseverar en él y romper los lazos que nos tiende ese maldito *genio de la especie*, esa naturaleza que, según dice un gran poeta italiano, no se cuida del bien, sino únicamente del *sér*, y envía al universo gérmenes que luego han de convertirse en criaturas, sin dársele un ardite de que tengan ó no tengan cama, ropa, abono al teatro é impermeable para cuando llueve. Con toda formalidad aseguro á ustedes que yo también soy juguete de la naturaleza, y nunca despierto de uno de mis graciosos sueños de dicha con una muchacha encantadora, sin sentir que á la vez

se rompe algo de mí mismo, alguna fibrita de un rincón delicado que no enseño para que no se me burlen, pero que allí está, sensible, sangriento. Siempre que ocurren tales rupturas noto la misma impresión, que es una especie de íntimo desconuelo, una convicción cruel de que se me acaba irremediamente la juventud. Porque otra clase de relaciones con otra clase de mujeres, son de cualquier edad si hay bolsa repleta; pero el idilio *prematrimonial*, parece que sólo corresponde á la edad hermosa que voy dejando atrás ¡ay de mí! Mis frustrados idilios representan para mí la juventud, y me son doblemente caros.

En los días de mi *abandono*, en vez de reirme cínicamente del poco ó mucho disgusto que sufre la *abandonada*, lo que hago es pensar en ella á todas horas, y, sin poderlo remediar, representármela como un modelo de virtudes, hechizos y condiciones admirables, incluso una benéfica esterilidad, gracias á la cual se orillarían muchos inconvenientes del matrimonio. Claro está que mi razón me dice «tente», pues los inconvenientes del matrimonio no son accidentales, sino esencialísimos; pero váyale usted con eso á la exaltada fantasía. Para curarme empleo todos los medios que recomiendan Ovidio y Feijóo; me represento á mi compañera de idilio en los momentos menos poéticos y bonitos de su existencia, consagrada á las faenas más vulgares é ingratas, en las horas de descuido en el tocado; me empeño en figurármela tal cual será después de cuatro ó seis años de matrimonio,

con sus encantos marchitos, el nácar convertido en hueso rancio, las rosas en algo seco como la *camomilla officinalis*... y nada, siempre la veo en el palco del teatro, derecha, empolvadita y mona, ó en la ventana, sofocada, gentil, con la risa en los rojos labios.

Y no obstante, ni desmaya mi fortaleza ni mi corazón se encoge y vacila, porque las largas reflexiones y meditaciones sobre el problema del matrimonio me prestan valor, y me siento por turno casto Josef y fugitivo Eneas. No han salido todavía á relucir las razones más graves y hondas por las cuales evito esa forma irrevocable de unión entre los sexos que se llama matrimonio. Las que aduje al comienzo de estas Memorias son de pura conveniencia, de una conveniencia llana, positiva, un tanto material y prosaica; pero bajo ideas que á cualquiera se le ocurren, me precio yo (á fuer de refinado hijo de mi siglo y de lector apasionadísimo de esos grandes novelistas extranjeros que tan bien escrutan los pliegues y reconditeces del alma), de esconder otros móviles altos, quintaesenciados y sublimes, habiendo descubierto, para abstenerme del gran compromiso y de la irremediable falta, razones que no se le ocurrirían al vulgo, y que tampoco el vulgo es capaz de comprender bien.

He formado allá en mi interior cierto concepto del matrimonio y de la parte alicuota de amor que en él entra. Se me figura á mí que la dignidad, el legítimo amor propio, el orgullo más natural en el varón, salen mal libra-

dos, mortificados, hasta sacrificados duramente cuando se determina al casorio. Me es insoporable el pensamiento de que la mujer á quien yo pudiese llevar al ara, fuese á ella conmigo... buenamente porque no iba con otro. No hay comparación más exacta de la que cabe establecer entre la situación de la mujer en un baile y ante el altar de Himeneo.

Al anuncio de un baile, la mujer joven, linda, en la flor de su edad y de su esperanza, no sabe pensar sino en la atractiva y bulliciosa fiesta, y de antemano, tal vez con una quincena de anticipación, prepara sus atavíos, estudiando la mejor y más hábil manera de hacer valer y realzar sus encantos. Discurre qué color la favorece más; elige la tela que mejor se adapte á su talle y á sus formas; encarga el calzado de raso que oprima el mono piececín, previene el abanico, limpia el broche de oro, y mientras duran estos preparativos, una dulce calentura la exalta, una agitación invencible la estremece, sus noches están pobladas de dorados sueños, su imaginación acaricia mil brillantes quimeras. Es que ve en lontananza al hombre cuyo amor desearía; es que aquel tipo que cifra su ideal, aquel tipo que la haría feliz, quizás ha de aparecerse entre la multitud que al deseado baile concurra. Tal vez—esto es lo más verosímil, esto es lo que la malicia y la experiencia enseñan—ya el tipo ideal lo ha encarnado la muchacha en un hombre, que halaga su corazón, que es su elegido—porque quién duda que ellas también eligen, ¡pero en silencio!—y á

ese hombre cree la niña que el baile la dará ocasión de verle de cerca, de hablarle, de bailar con él, siendo esto lo único que se necesitaba para que él descubra al mismo interés y el mismo pensamiento que ella alimenta escondido en lo más hondo del alma, como un pájaro á quien se encierra en la obscuridad á fin de que no cante.

Llega por fin la memorable noche, y la virgen (¡qué bien suena este púdico sustantivo!) de pie ante el espejo, vestidas ya sus mejores galas, artísticamente encrespado el hermoso cabello, descubierta la garganta y el nacimiento del intacto seno blanco como las azucenas; se mira y se encuentra tan linda, tan gallarda, que no duda de la victoria. ¿Cómo va el hombre preferido á resistir? Sería ciego, sería un estúpido, sería una piedra berroqueña, si al aparecer ella, triunfante en su gracia y en su elegancia sencilla, á todo su talante no la rindiese el albedrío. Sí: de aquel baile—es infalible—ha de salir la declaración, ha de quedar anudada la cintita de seda que junte pronto dos cabezas para siempre con la bendita estola.

Pisa la joven el umbral de la sala de baile. El cuerpo no la pesa una onza; la alfombra le acaricia los pies de un modo halagüeño. En un ángulo del salón acaba de divisar al héroe, al escogido. Allí está, más guapo, más compuesto que los otros días, con ese airecillo conquistador que á ella la sorbe el seso. ¡Ay! La mira: la dedica una ojeada larga, expresiva, inquisitorial. ¡Dios! ¿Si irá á acercarse, á sacarla para

el vals próximo? Ella, sentada al lado de su madre, ruborosa, sonriente, adelantando los pies bien calzados de raso, espera, espera... El vuelve la cabeza hacia otra parte, mira á otra señorita que acaba de entrar... precisamente á Natalia, á la necia de Natalia!... La mira, sí... y no sólo la mira, sino que se destaca del grupo, se aproxima á ella, la dirige la palabra... Suena la música; Natalia deja su silla, y sale á bailar con *él*, con el que la otra prefiere, adora, sueña!

La joven de mi cuento, como si la pinchasen dos docenas de agujas, se retuerce en su banqueta. Siente impulsos de gritar, de llorar, de morder, de arañar, de tirarse del pelo; y no puede sino roerse por dentro el alma. Daría ella la vida y hasta la divina gloria por disponer en aquel instante de la iniciativa masculina, y poder abofetear á su rival, requebrando á la vez con ardientes palabras al sér querido. Pero una valla invisible, más fuerte que un muro de diamante, la clava en la banqueta, la ata las manitas, la inmoviliza el rostro. ¡Su decoro! ¡El miedo á ponerse en ridículo! No, no haya temor de que se levante la pobre muchacha. Aunque la aspen, allí se estará. Un suplicio diferente, pero también grande, se añade al otro: la tortura del amor propio lastimado. ¿De qué la ha servido tanto emperifollarse, de qué, vamos á ver, si nadie repara en ella, si no la *sacan*? Y disimulando la tempestad con forzada sonrisa, y mordiéndose los labios mientras hace la mueca de la jovialidad, hinca los ojos

ansiosos en el grupo de hombres disponibles que han venido al baile. Supongamos que entonces...

Yo, yo mismo, que no puedo leer en el corazón de la muchacha, y que no he sabido desgarrar el velo de su disimulo, la miro desde lejos, y la encuentro linda, excitada, deseosa de bailar, según creo. La tentación me subyuga: me acerco, la invito, la *saco*. Ella acepta, radiante. Su sonrisa y su gozo — que no es sino desquite del amor propio herido — me enajenan; creo que el júbilo de la chica se debe á mi presencia, y como la muchacha me agrada, al rodear con mi brazo su cintura, en esa terrible y peligrosa familiaridad que autoriza el baile, me siento trastornado, y sin saber lo que hago empiezo á deslizar mi declaración. Ella me escucha, sin dejar de sonreír, roja, confusa, palpitante... Yo ignoro que lo que palpita en ella es la vanidad, y lo que sonrío, la pueril alegría del cazador que, deseoso de tumbar una buena pieza, cobra al menos un pajarillo... Soy la *conquista*, y celebra su triunfo, su consuelo instantáneo. Y mientras ella me halaga pensando en el *otro*, tal vez la que el *otro* lleva en sus brazos piensa en mí, y acepta al *otro* con resignación, obedeciendo á la fatal pasividad del sexo... Las pobrecillas, ¡qué diablo!, no pueden...

Y si de aquel baile sale una boda..., la situación será la misma. La elegida por mí vendrá á mi casa, mientras su deseo entrará por la ventana del vecino; se apoyará en mi brazo, mien-

tras otro brazo sería el que la hiciese estremecerse de júbilo; dará á luz mis hijos según la carne, que serán, según el espíritu, los hijos del *otro*, del soñado, del anhelado... Y me será fiel, materialmente, porque al *otro* —, el que ella hubiese adorado — no se le ocurre extender la mano y apoderarse de lo que le pertenece en virtud de las leyes del corazón. Y yo tampoco sabré nada, y atribuiré ciertas frialdades al modo de ser de mi esposa, y hasta quizá — ¡necio! — me felicitaré de su condición tranquila...

¿Comprendes ahora, lector delicado, lector psicólogo, poeta lector, por qué, aparte de todo *egotismo*, me infunde horror, dentro de la sociedad actual, la santa coyunda? ¿Comprendes por qué antes moriría que dar cima al idilio?



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

33694